

# Libros

## LA HISTORIA EN LAS NOVELAS HISTORICAS DE PIO BAROJA

**VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO**

**E**N febrero de 1872 muere en Madrid un anciano de ochenta años. Su nombre es Eugenio de Aviraneta y algo ha tenido que ver en casi todas las intrigas y conspiraciones de la primera mitad del siglo.

Sin embargo, a los españoles de la Restauración el nombre de Eugenio de Aviraneta apenas les dice nada. Tanto que don Miguel Morayta, historiador de la masonería española, en su libro "La masonería en España" (1915), confundirá hasta el apellido llamándole Amoravieta...

Pío Baroja, pariente lejano de Aviraneta y nacido pocos meses después de su muerte, será el encargado de recuperar la novelesca figura de su antepasado para la novela y para la Historia, dedicando un tercio de su producción literaria a esa tarea durante veintidós años. De estas obras barojianas, que ocuparon al novelista la parte principal de su inquietud creadora entre 1912 y 1934, trata Carlos Longhurst en un trabajo ahora editado en España (1). El libro estudia un aspecto barojiano no suficientemente investigado (2) y considera la serie desde el punto de vista histórico y novelístico, siendo el primero al que nos referimos a continuación.

(1) Carlos Longhurst: "Las novelas históricas de Pío Baroja", Ediciones Guadarrama. Colección Universitaria de Bolsillo. Madrid, 1974.

(2) Francisco José Flores Arroyuelo ha estudiado el tema desde un punto de vista más general en "Pío Baroja y la Historia" (*Helios*, 1970) y también en el trabajo aparecido en el número de la "Revista de Occidente" (mayo, 1968) dedicado a Baroja, con trabajos de López Delpecho, Martínez Lafnez, Vaz de Soto, Elorza y Guimón.

### EL ESCENARIO Y LOS PERSONAJES

Comienza el período con la guerra de la Independencia. En 1813 vuelve Fernando VII y deshace la incipiente labor democratizadora de las Cortes gaditanas, iniciando una etapa absolutista. Sublevación de Riego y paréntesis liberal a partir de 1820,



La visión ofrecida por Baroja del siglo XIX es pesimista y desoladora. Longhurst señala como rasgo fundamental el énfasis sobre la naturaleza brutal, inmoral y absurda de los acontecimientos. La serie empieza con la guerra de la Independencia y termina en la revolución del 54.

## Libros

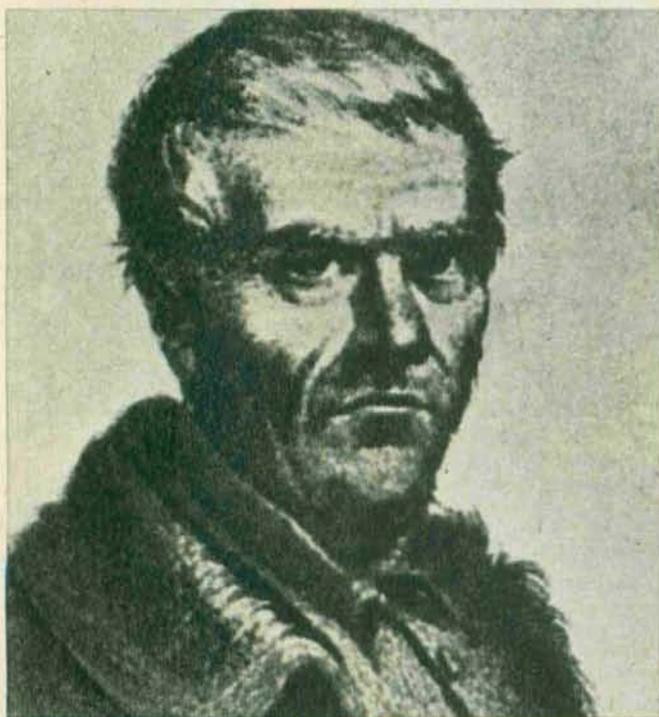
clausurado de forma violenta en 1823 por los Cien Mil Hijos de San Luis... Nueva etapa absolutista, con nuevas represiones y ejecución de Riego, el Empecinado y otros caudillos liberales. Tras ella, muerte de Fernando, problemas sucesorios y comienzo de la guerra carlista, que dura seis años. Es terminada victoriosamente por Espartero, que expulsa a María Cristina en 1840 y la sustituye en la regencia, para a su vez caer y exiliarse tres años después. Larga etapa de Narváez ("padre, no tengo enemigos: a todos los he fusilado", dicen que dijo a su confesor en el lecho mortuorio), que termina con la Revolución de 1854.

Agitada época, pintoresca y exasperante a la par. "Para Baroja —dice Longhurst— es ambas cosas. Pintoresca por la balumba de los hechos que pasan en sucesión aturdira, en un desfile inacabable de intrigas, sociedades secretas, revoluciones, luchas y muertes. Exasperante porque lo que se debatía era al fin y al cabo el problema del derecho humano a pensar y a vivir con libertad sin hacerle la vida imposible al pró-

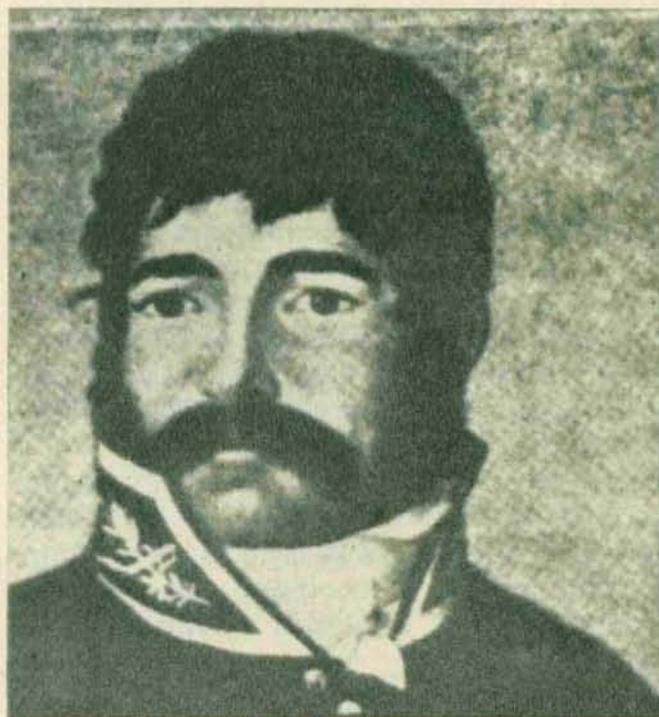
jimo, problema que la nación española no supo en aquel entonces resolver".

De entre todas las "dramatis personae" que pasarán por tan movido escenario histórico, Baroja elige no a los actores principales, sino a uno que nunca figurará en cabecera de cartel: Eugenio de Aviraneta. Y, sin embargo, a pesar de su oscuridad histórica, la figura de don Eugenio está llena de protagonismo.

Cuando apenas tiene dieciséis años peleará junto al cura Merino contra los franceses, después de una corta permanencia junto al Empecinado. Pasa los primeros años absolutistas en Aranda con un cargo oficial: administrador del Crédito Público. En el trienio liberal está luchando de nuevo, esta vez junto al Empecinado y contra Merino, que se ha lanzado al monte en bandería absolutista. En 1823, Aviraneta es ascendido a capitán de Caballería por méritos de guerra. Un año después ha cambiado a Merino por los turcos y está de compañero de Byron, en Missolonghi. En 1825 está por las calientes tierras mexicanas, trampean-



Jerónimo Merino, ex pastor, la guerra de la Independencia le hizo pasar de "cura de escopeta y perro" a "brigadier de verdad". Aviraneta luchó en su partida durante la guerra antifrancesa. Luego, en el trienio liberal, se enfrentaría a él.



Don Juan Martín, el Empecinado, es una de las figuras del XIX que Baroja retrata con más cariño. Vería en él a un símbolo del primer liberalismo español, a un enemigo de toda convención y un defensor de la libertad. Fue ejecutado en 1825.

do, escribiendo en los periódicos y participando en la expedición militar del general Barradas. A finales de 1829 lo encontramos en La Habana. En 1831, en Francia. En 1833, en Madrid: aquí funda la Sociedad Isabelina, que propugna un régimen liberal; va a la cárcel junto al general Palafox y el poeta Espronceda. Sale de prisión gracias a un levantamiento que él mismo ha organizado. Luego tiene que huir de Madrid. Cambia el gobierno y cambia la vida de Aviraneta, que de perseguido pasa a buscador de carlistas en Cataluña. Más tarde será desterrado a Canarias y vuelto a la Península tiene ocasión de ver en Málaga la muerte del gobernador conde Donadio y la del general San Just, antes de ser encarcelado en Cádiz. De esta prisión sale para hacerse cargo de un importante puesto en la misma provincia, y poco después está en Francia de agente gubernamental. Sus intrigas aceleran la desintegración del carlismo en el Sur del vecino país, de donde pasará a Cataluña para repetir la suerte... Espartero le detiene en Zaragoza, luego sigue a Francia, y cuando le expulsan va a Ginebra. Vuelve a Madrid en 1843, ya retirado del ajeteo político y vive oscuramente. Lo detienen de nuevo cuando la Revolución del 54. Muere a los ochenta años, en 1872.

Fue, al decir de Baroja, "hombre valiente, patriota atrevido, liberal entusiasta". ¿Qué recibió a cambio? Sigue Baroja: "le tocó en suerte en su tiempo el desprecio, y después de su muerte el olvido". Ese desprecio le frustró y la frustración le hizo grafómano, escribiendo para proclamar sus méritos. En esta tarea no tuvo suerte, ni logró la eficacia de su pariente.

En las "Memorias de un hombre de acción" "personas y acontecimientos van y vienen, surgen y desaparecen en una corriente tumultuosa e inexorable". Por la pasarela del escenario desfilan buena parte de las "vedettes" del siglo XIX: Merino, el Empecinado, Cabrera, Espartero...

Así ve Longhurst al Empecinado en la serie barojiana: "Baroja ha hecho del Empecinado un símbolo del liberalismo temprano español. Es una de las pocas —poquísimas—



¿Cómo fue realmente Eugenio de Aviraneta? Según los papeles de su tiempo, escribió Baroja, "un infame, un bandido, un miserable". Sin embargo, el novelista le consideró "hombre valiente, patriota atrevido, liberal entusiasta"...

figuras históricas a quien Baroja otorga libremente sus elogios y su admiración. El Empecinado barojiano se distingue por su valentía, honradez y fidelidad a la causa liberal".

Espartero, por el contrario, sale malparado. Dice Baroja: "Es el divo, es el galán, a quien le estorba el éxito, aunque sea insignificante, del de al lado". Una y otra vez le achaca su egoísmo. "No es fácil —escribe Longhurst— explicar la antipatía que Baroja le tiene a Espartero. Sin duda, la hostilidad que éste le mostró a Aviraneta tiene algo que ver con ello".

Tampoco Cabrera sale bien. "Era cruel, vanidoso, amigo de hacer efecto, maquiavélico, soberbio, muy preocupado de su fama", dirá el novelista, que también lo verá, según Longhurst, como "estrechamente regionalista. No vacilaba en devastar la campaña aragonesa, pero siempre tuvo cuidado de no tocar a Tortosa y sus inmediaciones por ser su región nativa. Favorecía y ascendía a sus paisanos catalanes, pero no a los aragoneses. Baroja también le echa en cara a Cabrera el no acudir en ayuda de los que habían puesto su confianza en él".

Menor importancia que los anteriores tuvo el conde de España, pero su extraña personalidad fascinó literariamente a Baro-

# Libros

ja, que vio en él un material novelesco de primer orden, hasta el punto de dedicarle dos tomos de los veintidós de la serie y emplear muchas horas de su vida en investigar la del conde. En una entrevista que le hizo el periodista José Venegas, Baroja retrató así al conde: "Era un gran tipo, un loco trágico, pero con gracia. Recientemente, en Barcelona, conocí algunas cosas de su relación con un redactor del 'Diario de Barcelona'. Se trataba de una relación absurda, pues al conde de España, como a todos los tiranos, le molestaba la publicidad. A veces se oponía a la publicación de cosas inocentes. Este redactor le enviaba unos versos, y el conde de España le decía que, en vez de malgastar el espacio publicando la poesía, lo aprovechara mejor dando una receta para quitar el vello a las mujeres o para curar las almorranas".

## TESTIMONIO DEL CAOS

La visión ofrecida por Baroja de nuestro siglo XIX es pesimista y desoladora. Lon-



Entre las figuras del XIX que aparecen en las "Memorias de un hombre de acción", el general don Baldomero Espartero sale malparado: "Es el divo, es el galán, a quien le estorba el éxito, aunque sea insignificante, del de al lado".

ghurst señala como rasgo fundamental el énfasis "sobre la naturaleza brutal, inmoral y absurda de los acontecimientos". De tal manera que "acentúa deliberadamente los aspectos más sórdidos, incorporando en las novelas historias de crímenes y venganzas que sirven para añadir color y énfasis a los relatos más estrictamente históricos". Algo así barruntaba el joven Maeztu cuando en 1901 escribía a propósito de su entonces buen amigo: "Lo que Baroja busca en el espíritu son las tendencias malsanas, las cobardías, las miserias, los indicios o residuos de la vida decadente" (3).

Ahora bien, esta busca y este énfasis van impregnados de una indudable "preocupación ética", de un ánimo de denuncia que le llevará a mostrar al desnudo los aspectos antiheroicos de las guerras decimonónicas, las dosis de atrocidad y bestialismo que ambos bandos —franceses y españoles, carlistas y cristinos— manifestaron: "Baroja no comparte esa opinión que atribuye los excesos de los guerrilleros a un ciego fervor patriótico. Por lo general, lo que les impulsaba era una absoluta crueldad y un odio injustificable". Y Baroja, hablando de la guerra carlista, dirá: "Se desnuda a los prisioneros para matarlos a lanzadas, se desnuda a las mujeres para apalearlas y violarlas, se fusila a los chicos".

Pero esto no lo contemplará el novelista con la visión "fríamente clínica del historiador científico", sino como "un hombre profundamente desilusionado con su país y con la Humanidad". Desilusión que nace de la contemplación del pasado y también de la desesperanza ante el futuro. Baroja tiene un criterio accidentalista de la Historia y rechaza en ella todo posible sentido dialéctico y así verá un cuadro "caótico, confuso y discordante". En este cuadro ni siquiera es posible aclarar el pasado, que nos es ofrecido por unos y otros en versiones distintas o incluso contradictorias.

Mas si Baroja se muestra escéptico ante las posibilidades de interpretar la Historia,

(3) Revista "Madrid", junio de 1901; recogido por Manuel Longares en "Pío Baroja, escritos de juventud", Edicusa, 1972.



Grabado del Museo Municipal de Madrid. Un madrileño remata a un soldado francés herido en los sucesos de mayo de 1808. La crueldad fue plato del día en las guerras decimonónicas: primero entre españoles y franceses, luego entre los mismos españoles de banderías carlistas y liberales...

no por eso permanece ante ella sentado como espectador pasivo de un grandioso "Rashomon". Su escepticismo ante la casi fe positivista en los métodos científico-naturales aplicados a la investigación histórica no le inhibió. Y aunque creyera como Dilthey que la vida era una misteriosa trama de azar, destino y carácter, en el mejor de los casos, o más simplemente una cosa fea e insoportable, a la hora de lanzarse a la Historia lo hizo investigando con una seriedad ejemplar. Longhurst señala "su empeño en no trabajar con material del que no tuviese un conocimiento de primera mano", y Corrales Egea, por ejemplo, levanta en su "Baroja y Francia" (4) verdadera acta notarial de las pesquisas barojianas en busca de rastros de Aviraneta o del conde de España; este afán documental es tan notorio que se ha convertido ya en justificado lugar común de los estudios barojianos.

Pío Baroja reunió así una importante cantidad de información y documentos, aunque las tradicionales y celtibéricas trabas buro-

cráticas le impidieran conocer algunos de valor: "En la biblioteca de la Academia de la Historia, en donde está reunida toda la documentación que recogió Pirala sobre la guerra civil, debe haber cosas de gran interés; pero a mí no me permitieron verlas, a pesar de que hice varias solicitudes a la Academia y al ministro de Instrucción Pública". Y en otra parte dirá: "Durante mucho tiempo leí libros, folletos, papeles, para encontrar hechos exactos y demostrados. No hallé más que incertidumbre y oscuridad. Unos historiadores se copiaban los datos a otros, y el primero que los exponía no indicaba dónde los había encontrado".

No es este el caso de Carlos Longhurst, quien con un concepto menos privado de la instrucción pública que aquel ministro del ramo y sus académicos, aparte de realizar un trabajo analítico lleno de meticulosidad y detalles, ofrece también sugerencias para futuros estudios e investigaciones en torno a los muchos veneros escondidos en la serie aviranetiana, que se encuentra entre lo menos estudiado del amplio mundo creado por Baroja. ■ V. M. R.

(4) José Corrales Egea, "Baroja y Francia", Taurus, 1969.